

## LA VIOLENCIA EN LA IDEOLOGIA

*Fernando Coddou P.*

La violencia en la ideología podría entenderse como la ideología de la violencia. En los momentos que vivimos, tanto a un nivel nacional como internacional, existe una preocupación cada vez mayor por las ideologías, las que abierta o encubiertamente, con fundamentos filosóficos, políticos o religiosos, propugnan la violencia como una solución inevitable en términos de lograr la eficiencia de los cambios, o una legitimización de la violencia como un principio válido en sí mismo para la interacción humana. Un ejemplo muy actual de esto último, son las declaraciones hechas en julio de 1993 por Harry Gwala, uno de los máximos dirigentes del Congreso Nacional Africano de Sudáfrica, presidido por Mandela, cuando dice que: «La paz es un instrumento de la gente con poder económico y político para mantener sus privilegios» y añade enseguida: «donde no hay violencia es muy difícil hacer que la gente se organice; donde hay violencia, cientos de personas se unen al Congreso Nacional Africano». Estas declaraciones se refieren a un candente problema interracial actual, pero que se enraiza en el pasado. Las guerras, o la interiorizada creencia de que éstas son soluciones eficientes frente a la intensidad de determinados conflictos, como también el terrorismo, con todas sus horrorosas consecuencias, son evidencias muy explícitas de ideologías violentas. Aunque no pretendo minimizar este tema de enorme trascendencia, mi objetivo y mi interés es focalizar la violencia donde no resulta ni aparente ni explícita.

Uno de los caminos que me condujo a reflexionar sobre la violencia involucrada en la(s) ideología(s), que en forma muy explícita se manifiesta(n) en oposición a todo tipo de violencia, lo constituye mi trabajo clínico por más de dos décadas con individuos, parejas y familias que sufren por la violencia; desde su presencia más insidiosa, que se manifiesta en diversos grados de frustración, angustia e impotencia, pasando por la violencia más dolorosa y explícita en el herir y descalificar psicológicamente al otro, hasta las manifestaciones físicas de ella. A partir de esto he podido constatar que en general esta violencia produce efectos a dos niveles:

a) **A un nivel interaccional, b) a un nivel explicativo.**

El nivel explicativo de la violencia, relegado muchas veces a la sombra del nivel interaccional, requiere ser descrito por sus (también) dolorosas consecuencias y por su participación en los circuitos generadores de la misma. El sufrir los efectos de la violencia y a veces el hacerse cargo de haber cometido actos de esa naturaleza, es un fenómeno indeseable y consensualmente rechazable. El entender, en su explicación cotidiana, cómo surgen estos actos violentos, agrega a lo anterior un nivel más profundo y doloroso toda vez que la inmensa mayoría de las conductas o actos de violencia ocurre entre seres relacionados por el afecto. Es tan habitual observar este fenómeno y a veces hasta experimentarlo, que deja de tener el efecto perplejizante que posee cuando nos detenemos a pensar sobre esta paradoja ya que el afecto, por principio, no se compadece con la violencia. El afectado o el observador para entender o explicarse la violencia de un sujeto en un ser cercano afectivamente, termina irremediadamente por atribuirle a éste algún grado de maldad o

de trastorno; de ese modo diluye la paradoja del afecto y la violencia. Es doble el dolor, entonces, de sufrir las consecuencias de la violencia: el efecto destructivo en sí mismo, y luego la conclusión inequívoca de que ésta es una señal de la maldad o enfermedad del otro, trizando o a veces quebrando esos preciados vínculos afectivos que para la mayoría constituyen las redes de sustentamiento psicológico básico que se posee en la vida. La configuración de esta situación puede ser la siguiente: ese ser que quiero me ha violentado, y lo ha hecho porque es malo, enfermo, o trastornado; de ahí que o yo soy también trastornado o enfermo por quererlo o lo tengo que dejar. Explicación muchas veces más dolorosa que la misma acción violenta. Esta explicación tiende también a participar en circuitos mantenedores de la violencia, pues si el otro es malo o trastornado se abre toda una riesgosa racionalización para justificar una violencia «defensiva» que controle o inhiba esta violencia.

Pienso que la mayoría de nosotros en distintos momentos de nuestras vidas hemos reflexionado sobre esta perplejizante realidad, no ya desde la experiencia particular de un acto de violencia, sino en cuanto observadores de nosotros mismos, seres humanos. Vemos una y otra vez que la violencia más destructiva, más intensa, se da entre seres cercanos afectivamente; entre seres que comparten territorios, concretos o ideológicos; desde la violencia que se da en el microcosmos de la familia: padres e hijos, hermanos, miembros de una pareja, hasta el macrocosmos de los conflictos entre pueblos o comunidades dentro de esos pueblos. Frente a esta inquietante realidad, la otra tentación a la que se accede con demasiada frecuencia, es la de explicar la agresión como innata, biológica; es decir, atribuir al ser humano, como característica básica en su organización psicofisiológica una agresividad y violencia intrínseca y que sería esta dotación instintiva la que explicaría los comportamientos violentos en su interacción con otro. A partir de esta explicación se desarrolla una interiorizada creencia en nuestra cultura occidental, a saber que la civilización, la evolución cultural y racional del ser humano, permiten el control de esta impulsividad básica, generando comportamientos que se alejan de esta agresividad y violencia.

Sería coherente con este postulado, entonces, encontrar que a medida que retrocedemos en la historia de la civilización el ser humano, en su organización interaccional, es cada vez más violento, lo que no es así, pues, si retrocedemos lo suficiente y pasamos más atrás del germen de nuestra cultura actual, su organización patriarcal, y nos adentramos en todos los hallazgos que permiten la descripción de una cultura matrística, nos encontramos con que la violencia y la agresividad prácticamente desaparecen como parte de la **interacción organizacional** de esa cultura. El análisis cuidadoso de esta mirada nos obliga a abandonar la hipótesis explicativa que sostiene que el ser humano se comporta violentamente a partir de su psicobiología básica o instintiva. Por otra parte y confirmando esta reflexión, resulta también evidente que el «progreso» o «avance» de la civilización, al menos como ésta es considerada desde nuestra cultura occidental, está lejos de mostrar que esta evolución ha ido acompañada de una disminución de la violencia, por el contrario, más bien ha ido en el más terrible paralelo, a que podemos apreciar que junto al desarrollo del pensamiento, de la cultura, de la ciencia y la tecnología, la capacidad destructiva del hombre ha aumentado con la misma horrorosa eficiencia. Podríamos, esquemáticamente, recoger estas ideas y concluir que el avance es puramente tecnológico y éste, lo que ha conseguido, es hacer del animal humano un ser igualmente primario y violento, pero más poderoso. La tentación de llegar a esta conclusión es grande. Decir que lo que ha cambiado es básicamente la eficiencia de su capacidad destructiva, la que al comienzo estaba limitada al garrotazo en la cabeza del oponente con el riesgo de recibirlo él a su vez, para llegar a la terrorífica

precisión, que todos hemos visto por televisión, de la guerra a miles de kilómetros de distancia, como quedó macabramente demostrado en la Guerra del Golfo Pérsico. Costaría decidir en este paso del garrote al misil, si como humanidad, hemos avanzado o retrocedido...

He mencionado hasta aquí dos hipótesis explicativas diferentes relativas a la violencia: la maldad o locura o un sistema psicobiológico así constituido, siendo una consecuencia fundamental el que ninguna de las dos ayudan a la disolución de la violencia, pues son explicaciones que de una u otra manera validan la fuerza o la violencia para intentar controlar esta otra violencia sin control.

Quiero invitarlos a reflexionar acerca de algo que usualmente no está en nuestros pensamientos habituales, por considerárselo tema propio de la filosofía, de los psicólogos teóricos dedicados a la epistemología o en general materia demasiado abstracta que poco tiene que ver con las realidades prácticas que intentamos resolver en nuestro diario vivir. Esta invitación es a ver en la epistemología, - explicaciones últimas que todos nos damos acerca de la realidad el nacimiento del germen de la violencia. Por lo tanto, si deseamos entender la violencia entre los seres humanos, tenemos que saber acerca de sus epistemologías. Todos somos inevitablemente filósofos y psicólogos en relación con la explicación básica de la realidad que incluye, de un modo fundamental, la realidad de nosotros mismos los seres humanos. Si no tuviésemos estas explicaciones, no podríamos funcionar en y con la realidad, ni interactuar de alguna manera con los demás. El que en la mayoría de las situaciones no hagamos explícito o no podamos hacer explícito estas explicaciones con que operamos, no significa que estas explicaciones no existan. Me estoy refiriendo a todo lo que hacemos cuando funcionamos, desde actos tan simples y aparentemente triviales como coger una fruta y llevarla a la boca para morderla, reprender a un niño cuando hace algo malo, gritar pidiendo ayuda, comprometernos a vivir juntos en un ritual matrimonial, etcétera. Analizados con atención, cada uno de estos actos, que hacemos sin reflexión y en un funcionamiento «en automático», revelan una manera de entender la realidad desde sus aspectos más concretos hasta sus complejidades más abstractas. Es en coherencia con estos entendimientos que cada uno de nosotros tiene, que funcionamos de una cierta manera y no de otra.

El cómo concebimos la realidad, cómo nos la explicamos, cómo la conocemos y al conocerla qué atribuciones constitutivas le damos a la realidad y a aquel que la conoce, para poder conocerla, constituye el planteamiento epistemológico de mayor relevancia por todas sus implicancias y consecuencias. Estas preguntas fundamentales se las viene haciendo el ser humano desde que existe en el lenguaje, vale decir, desde que existe, y las respuestas a estas preguntas es lo que ha configurado su quehacer en este mundo. Quien hoy día ha hecho las más importantes distinciones, generando una epistemología y construyendo una teoría en este sentido, que ha tenido un reconocimiento internacional de los más grandes pensadores de las más distintas áreas, es uno de los directores de nuestro instituto y con quien llevamos trabajando muchos años, el Dr. Humberto Maturana Romecín. Hago esta referencia pues todos los planteamientos que intentaré desarrollar a continuación se basan en su teoría biológica del conocimiento, como numerosas conclusiones a las que hemos llegado junto a él en nuestro Instituto en el derivar común de nuestro *lenguajear* en el trabajo y la amistad.

Existen dos caminos radicalmente diferentes en la consideración de la realidad. Aquel que postula que el observador posee constitutivamente la capacidad de «copiar», o representarse y por ende conocer la realidad externa tal cual esta es y por lo tanto postular a esta realidad como externa e independiente del observador y el que se hace cargo plena-

mente del observador y plantea que todo lo observado es observado por éste y depende de las características de éste lo que es observado. Si se analizan los aspectos constitutivos del observador y se concluye que éste, en su biología, está dotado de un sistema nervioso cerrado en su funcionamiento organizacional, vale decir que los estímulos externos a éste no lo pueden informar desde afuera sino que perturban esta organización que está determinada estructuralmente en el observador, la única conclusión coherente con esta proposición es que la realidad que el observador observa está determinada por la estructura organizacional del observador y éste no puede hacer ningún juicio acerca de la realidad como existente independiente de éste. Así, el primer camino descrito postula la existencia de una realidad objetiva, independiente del observador y el segundo camino postula una objetividad en paréntesis por cuanto ésta quedaría determinada por las características mismas del observador y no podría existir independiente de éste.

Quisiera, antes de proseguir el análisis de estos dos caminos fundamentales, plantear una idea, que también está en un plano epistemológico, pero que por sus consecuencias tiene una relación esencial con las ideas por desarrollar.

Desde el punto de vista vivencial, para todos los efectos de nuestro funcionamiento psicológico, la explicación que nos damos de la realidad pasa a ser la realidad para el ser que se la explica de esa manera. Esto ocurre en todos los niveles de nuestro vivir desde los más triviales y concretos, hasta los aspectos más complejos y abstractos. Podríamos pensar, basándonos en nuestra experiencia cotidiana, que cuando actuamos en forma espontánea, sin reflexionar, sin pensar acerca de lo que estamos haciendo, no lo hacemos basándonos en las explicaciones que tenemos de la realidad. Lo único que sucede, cuando esto ocurre, es que esta explicación no es explícita en nuestro consciente, pero, sin duda, está presente, orientando y configurando nuestro actuar. Esto queda en evidencia cuando el fluir de nuestra conducta «choca» por así decirlo, con la realidad; se interrumpe, no puede continuar. En ese preciso momento buscamos inevitablemente una explicación de la realidad que nos haga coherente esta interferencia. Si la encontramos y ésta nos permita corregir nuestra conducta y en coherencia a la explicación vuelve a funcionar, recuperamos nuestro fluir conductual quedando, por lo tanto, con una explicación de la realidad, que por su coherencia funcional, nos satisface y nos deja con la vivencia de «así es la realidad». Cualquier ejemplo; ilustra lo anterior. Volvemos a casa mi mujer y yo, conversando de cualquier tema, sin reflexión y «en automático»; yo saco mi llavero del bolsillo, y de él, la llave de la puerta de calle; la introduzco en la cerradura, intento hacerla girar y no gira. Hasta ese momento yo estaba en la conversación con mi mujer y sin ninguna conciencia reflexiva de todos los actos realizados en función de abrir la puerta. Pero, sin duda, toda mi conducta a ese respecto estaba configurada por las explicaciones de la realidad que yo poseo a través de mi aprendizaje. Que una de las características de una casa es que tiene lugares de acceso, que estos poseen puertas, que cuando están cerradas esto ocurre por un mecanismo que las traba y que se puede destrabar introduciéndoles un objeto metálico de formas específicas para esta puerta, llamado llave, y que al operarla de cierta manera; girándola, ésta se destraba y permite abrirla. En realidad, ésta es una síntesis muy esquemática de un sinnúmero de otros conocimientos o explicaciones acerca de la realidad relacionados con la aparentemente trivial conducta de abrir una puerta. Pero es suficiente con lo expuesto para mostrar que esta conducta espontánea, irreflexiva, en automático, está efectivamente guiada por estas explicaciones. Otra muestra de lo mismo es, y en relación a lo que ya me he referido, que al detenerse este fluir armónico de mi conducta interactiva con la realidad, surge de inmediato la reflexión que toma la mayoría de las veces la forma de una explicación que nos devuelve este fluir o la coherencia explicativa con la realidad. Si, por ejemplo, en esta situación yo estuviese seguro de que usé la llave

correcta, es probable que me explicara la situación, luego de varios intentos más, como que la chapa de la puerta se echó a perder, no funciona como debiera. Si estuviese solo y hubiese llegado a esta conclusión, intentaría otra conducta; tocaría el timbre en caso de saber o suponer que hay alguien en casa, si no hubiese nadie, intentaría entrar por otro lugar, en fin, pero mis diferentes conductas serían coherentes con la explicación «la chapa de la puerta está mala, no funciona». Ahora, si volviendo a la situación del ejemplo, mi mujer interviene, aclarándome que yo me equivoqué de llavero, que el que yo tenía era el de ella, que tiene una llave muy parecida; «otra explicación alternativa de la realidad» y si al pasarme ahora mi llavero, yo encuentro la llave y abro la puerta, la explicación de la chapa mala constituye un error explicativo, la explicación alternativa de mi equivocación con las llaves es la «verdadera» y volvemos al tranquilo fluir de mi/nuestra conducta. Me hago cargo de la aparente trivialidad del ejemplo, pero el fenómeno involucrado en este funcionamiento conductual, por todas sus consecuencias no es en absoluto trivial. Nunca olvidaré, lo que nos ocurrió, a mis compañeros y a mí, en uno de los primeros pasos prácticos de psiquiatría. El psiquiatra que dirigía la práctica hizo entrar a la sala a un paciente, para que luego de entrevistarlo hiciésemos nuestro diagnóstico psiquiátrico. Lo más llamativo que surgió de nuestra acuciosa entrevista, fue que el trastorno de este paciente tenía que ver con su preocupación con el dedo gordo de su pie que junto a todas las dolencias y posibles alteraciones fisiológicas corría el riesgo que se lo amputasen, con la esperable angustia y desesperación frente a tal eventualidad. Emociones que por supuesto exploramos cuidadosamente, amén de examinar su pie que a nuestros legos ojos se veía perfectamente normal. Lo único discordante de la situación era la sonrisa maliciosa del profesor que con la ficha de este paciente en la mano, nos solicitó nuestro diagnóstico. Este diagnóstico, se basaba en la poderosa evidencia de que este paciente sufría de algún tipo de psicosis con alucinaciones propioceptivas (tiene que ver con sensaciones de su cuerpo) y con claros componentes paranoideos, persecutorios. La alucinación de los síntomas en torno a su dedo y el delirio consiguiente de el temor de las amputaciones con todas sus obvias consecuencias. En ese momento, el profesor no pudo contener más su risa y nos hizo ver que éste era un paciente que por un error lo habían dejado en la clínica psiquiátrica en lugar de internarlo en el Hospital J.J. Aguirre, al frente de éste, que él había llegado atrasado así que tomó la ficha sin mirarla y lo hizo pasar desde la sala de espera. Efectivamente era un paciente con una seria enfermedad en su pie y existía una alta probabilidad de tener que amputarle un dedo. Esta curiosa anécdota de esta comedia de errores sería sólo una de varias otras anécdotas sólo para recordarla entre amigos de la misma época universitaria. La menciono hoy, sin embargo, pues a mi juicio ilustra cómo las explicaciones de la realidad constituyen la realidad. Nuestra explicación de la realidad, como alumnos de ese entonces, es que esperábamos entrevistar a un paciente psiquiátrico, cuyo tipo de locura, rara o difícil, pusiera a prueba nuestros conocimientos de psicología clínica, dado que éste era un paso práctico en esa materia. Así lo hicimos. Nosotros tuvimos frente a nuestros ojos a un paciente psicótico con las características ya descritas y no tuvimos ninguna conciencia de que toda nuestra conversación, entrevista con él, preguntas e interpretación de sus respuestas, estuvieron pre-juiciadas, preexplicadas con el «conocimiento» de enfrentar a un enfermo psiquiátrico. *La explicación de la realidad pasa a constituir la realidad para todos aquellos que se la explican de ese modo.*

Con esta idea planteada vuelvo a los dos caminos explicativos fundamentales respecto de la realidad: aceptar que ésta tiene una existencia objetiva, independiente de nosotros o aceptar que, dadas nuestras características biológicas, esta realidad no es

accesible como independiente de nosotros y debemos poner la objetividad entre paréntesis.

Desde los inicios de nuestra cultura occidental hasta la emergencia del entendimiento sistémico de ésta, particularmente lo propuesto por el constructivismo radical a través de su voz más autorizada Ernst von Glasersfeld y en forma definitiva con la teoría del conocimiento del Dr. Humberto Maturana, el planteamiento epistemológico básico en torno a la realidad es que ésta posee una existencia independiente del observador, el ser humano, y que por lo tanto ésta es una realidad objetiva. Se asume en este postulado que el ser humano está constituido de tal modo que puede tener acceso a esta realidad objetiva y conocerla tal cual esta realidad es. Lo que a continuación deseo analizar y desarrollar con el máximo cuidado, son las consecuencias de aceptar o tomar como verdad fundamental este planteamiento epistemológico, suspendiendo, por el momento, el análisis de las variables que permiten concluir la coherencia o incoherencia de este planteamiento en sí mismo. Es decir, qué cosas suceden y qué cosas no suceden si yo acepto la existencia de una realidad objetiva y la capacidad de conocer esta realidad objetiva por parte del ser humano, en su condición de realidad objetiva.

La primera e inevitable conclusión y consecuencia es que existe una única e indivisible realidad, **la realidad** y por lo tanto sólo una verdad absoluta, **la verdad**, que es la descripción y explicación de la realidad objetiva. Si no pueden haber dos o más realidades, no pueden haber tampoco dos o más verdades. Hasta aquí, para la mayoría de las personas, estas afirmaciones rayarían en lo obvio. Nuestra experiencia, sin embargo, hace necesaria una serie de explicaciones complementarias a estas ideas básicas, pues, sin duda, los seres humanos no nos movemos en el compartir armónico y coordinado de una verdad única frente a una realidad que conocemos totalmente y que no nos genera dudas ni desacuerdos. La situación, en demasiados casos, aspectos y niveles, desde lo más trivial a lo más trascendente, es la opuesta. Pero la disparidad de ideas, los evidentes desacuerdos, no nos hacen pensar que existen muchas realidades o muchas verdades, sino distintas explicaciones de la realidad, de las cuales unas son correctas, válidas o ciertas; es decir, reflejo o aprehensión de la verdad y otras errores, equivocaciones o lisa y llanamente ignorancia. Así, el otro planteamiento epistemológico fundamental es respecto al ser humano en relación a su interacción con **la realidad** y más específicamente, con su capacidad para conocerla. El planteamiento sería que el ser humano tiene la capacidad constitutiva de conocer la realidad, pero que esta capacidad no se manifiesta en la aprehensión total y completa de ésta junto con llegar a su madurez evolutiva, sino, muy por el contrario, se accede al conocimiento de esta realidad por las características de la realidad, por una parte y del ser humano, por otra, a través de un difícil, engorroso y muy gradual proceso. Más aún, sería tan gradual y lento este acceder o conocer la realidad que no sólo no se agota en la evolución de un ser humano individual, sino que éste es un proceso evolutivo intergeneracional, que postula que el conocimiento de esta realidad requiere no sólo la interacción transversal de los seres humanos en el proceso de conocer la realidad, tarea de todos, sino que exige un corte longitudinal. Los seres humanos le van entregando a las nuevas generaciones el conocimiento alcanzado con la creencia de que éstas darán un paso más en este conocimiento y así sucesivamente acrecentando la construcción de la verdad y disminuyendo el error y la ignorancia.

Así, en este proceso de ir conociendo la realidad, estableciendo la verdad de las cosas, desbrozándola del error y la ignorancia, se generan otras inevitables consecuencias. La fuente de conflicto más universal de los seres humanos en su interacción, son los desacuerdos. Si uno analiza las discusiones, las disputas, las peleas, las guerras, el germen último radica en algún o algunos desacuerdos fundamentales. Si esto es así, es válido preguntarse cómo luego de miles de años de cultura y civilización, y habiendo alcanzado el

control y dominio de tantas realidades, no hemos sido capaces de encontrar un método eficaz para ponernos de acuerdo. La respuesta, en el contexto de estas ideas básicas, es dramáticamente simple: nunca estamos en desacuerdo. Pues cuando alguien establece un juicio respecto a la realidad, especialmente si es hecho con la vivencia, por la información que se posee, que esto es «efectivamente así», quien plantee lo contrario o algo distinto, necesariamente estará en el error, en la equivocación, en la maldad o locura. Si al observar la figura geométrica de un cuadrado yo le solicito a otro observador que me diga lo que ve y este me dice que eso es un triángulo, mi genuina, inmediata y espontánea reacción no es decir, tenemos un desacuerdo, sino que el otro está equivocado. Y sólo hay dos opciones frente a la respuesta distinta del otro: Que éste, si lo sé sano e informado, ve un cuadrado al igual que yo, pues allí objetivamente hay un cuadrado, pero **me** dice que ve un triángulo por mala intención, o bien me está diciendo genuinamente la verdad, que ve un triángulo donde hay un cuadrado, revelándome que padece inevitablemente de algún tipo de trastorno. Trastorno que en distintas situaciones será tan grave como distinta o aberrante sea su descripción de la realidad objetiva. Quiero recordar que la definición más esencial de la locura es la «pérdida del juicio de la realidad».

Si somos cuidadosamente coherentes con todos estos pasos que he intentado mostrar, veremos que inescapablemente, al operar en la objetividad, es el lema de nuestro escudo patrio el que en una síntesis ideológica representa con fidelidad esta posición: «Por la razón o la fuerza». Quizás nos parecería inaceptable, si dijese por la razón o la violencia. En este aspecto parecería implícito que la fuerza sería para defenderse o protegerse, justamente, de la violencia destructora del otro, con lo cual la fuerza queda validada como su uso inevitable por el quiebre del respeto a las normas no violentas, del otro. Pudiendo esto ser, sin duda, uno de sus sentidos. Pienso que más que reflejar un territorio, esta idea del uso de la fuerza representa o es fiel, a la aceptación de la objetividad; es coherente con la defensa de **la verdad** que o es aceptada por su evidente razonabilidad o no nos queda más que imponerla con el uso de algún tipo de fuerza, para proteger esa verdad y protegernos todos del error, la equivocación o la falsedad. En todos los ámbitos de la interacción humana, veremos con cuanta rapidez (y este es otro factor crucial) llegamos a concluir que por la tozudez o maldad del o de los otros que no aceptan la verdad evidente e insisten en obstaculizarla interfiriendo sus consecuencias, debemos usar la fuerza como el único modo eficiente de protegernos del error o maldad de aquellos que no están en la verdad. Infortunadamente, esto se traduce, si examinamos la historia, la macro y la microhistoria, en cómo la verdad y la razón tienden a estar en manos de los poderosos y los equivocados y malos tienden a ser los débiles. Decir que lo que le da la fuerza a los poderosos es el tener la verdad y lo que debilita a los débiles es la carencia de ésta, no resiste ningún análisis serio y sincero. Incluso en la aparente racionalidad de la ciencia, es demasiado frecuente que las verdades científicas, sobre todo aquellas impuestas, tienen que ver con poderes económico-político de aquellos que las sustentan, más que con la consensualidad de sus afirmaciones.

El camino de poner la objetividad entre paréntesis, además del fundamento científico-experimental que este planteamiento posee, que a un nivel científico no ha podido ser refutado hasta la fecha, tiene el poder de una maravillosa invitación para acceder a otros espacios. La definición de amor de Humberto Maturana en plena coherencia con estas ideas, las sintetiza y nos permite ver sus consecuencias: él dice que el amor es la aceptación del otro en su condición de legítimo otro. También es el camino del establecimiento de la verdad válida para el ser humano, aquella aceptada por todos los que la comparten. No puedo seguir diciendo que soy poseedor u ostentador de la verdad si el otro no la comparte conmigo, sólo podré concluir que es mi verdad, por ende si luego de intentar por vía de **la invitación a que el otro comparta mi verdad, para**

**convertirla en nuestra verdad** no lo logro, no tengo argumentos morales ni racionales para destruir o aniquilar al otro por el uso de la fuerza, en la imposición de **la verdad**. Si no podemos establecer esta coordinación, este voluntario compartir, el desafío será el separarnos, el agotar las posibilidades para otorgarnos espacios no destructivos en que podamos habitar con nuestras respectivas verdades, con nuestras respectivas explicaciones de la realidad que no hemos logrado compartir o coordinar. Es maravillosamente cierto que aquí radica la esencia de la democracia, el otorgarle espacios de existencia a todas las minorías que no comparten la verdad de las mayorías, pero es terriblemente cierto, también, que estos espacios se ven inmediatamente imposibilitados si no es la voz de las mayorías la que se esgrime como argumento, sino la voz de **la verdad, la fuerza se va a ver irremediamente empleada para su exterminio, con la obligación moral de ejercerla en coherencia con salvarnos o salvar a otros, de la maldad o el error.**

Para terminar, y en el contexto de todo lo anteriormente expuesto, quiero hacer una última referencia a la ideología de la violencia, a la ideología o la explicación de la realidad que propone el uso de la fuerza como método eficaz de interacción con los seres humanos cuando estos no responden a otros métodos no violentos. Hemos tenido la enorme suerte, mi mujer y yo, como espero que muchos de los presentes la hayan tenido, de haber sido criados en y por familias que en forma muy explícita no creyeron en el uso de la fuerza como método educativo ni siquiera como último recurso; principio que nosotros, con la experiencia de que esto era posible y no generó ni caos ni maldad, ni libertinaje, lo hemos aplicado a los nuestros. Menciono este hecho sólo para mostrar, que la explicación del uso de la fuerza, junto a tantos otros, como método inevitable, no es, sin duda una explicación objetiva del trato con los seres humanos. Por el contrario, en la observación y exposición a familias violentas, resulta evidente que, además de los daños físicos, que esto generalmente conlleva, se genera un terrible daño emocional y psicológico: creer que la violencia, como método explicativo del control de los otros, es el o a veces el único instrumento adecuado y eficiente para manejar a los demás. Esto genera más violencia, pero no insisto tanto por el resentimiento emocional que esto genera, sino por la aceptación de la explicación como método que esto conlleva. Mi homenaje, en este sentido, es para quienes durante el último tiempo, habiendo sido víctimas de la violencia más arbitraria y terrible, que en su extremo ha significado el exterminio físico de seres queridos, en vez de vocear entendibles deseos de venganza, del ojo por ojo, nos dicen muchas veces, para nuestro asombro, que en la reflexión de su dolor, no desean para los ejecutores de violencia, la violencia que estos emplearon con ellos o con sus familiares. En este perdón, quiero leer, además de su grandeza espiritual, el haberse dado cuenta de que el aceptar la explicación de la eficacia de la fuerza y la violencia, los entrapa inevitablemente, teniendo que reconocer que el aceptarla los hace aceptar la existencia de un mundo en el que no desean vivir ni desean que nadie viva. El mundo de la fuerza o la violencia como solución eficaz en el enfrentamiento a otros seres humanos.

El que éstas hayan sido las primeras palabras en esta jornada dedicada a mirar específicamente el tema de la violencia en sus distintos dominios de existencia, tenía por único objetivo, alertarnos a tener presente que las ideas en torno a la explicación de la violencia, a su génesis o a la inevitabilidad o evitabilidad de su existencia, no están en un mero nivel teórico sino que configuran la manifestación de éstas, que no podremos intentar cambios profundos o estables en la dirección de la no violencia si no modificamos las ideas básicas de cómo interactuamos con la realidad, siendo la realidad humana la que debemos atender con mayor preocupación.